EUGENIO FRUTOS

POESIA

ANTOLOGIA

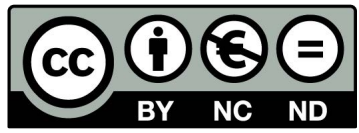
INSTITUCION «FERNANDO EL CATOLICO»

ZARAGOZA

EUGENIO FRUTOS

Hoy catedrático jubilado de Universidad y de Instituto, filósofo, escritor, poeta, con una entrañable humanidad y una lúcida inteligencia, Eugenio Frutos se ha preocupado a lo largo de su vida de la poesía, de ahí su libro "Creación filosófica y creación poética" y sus artículos sobre Antonio Machado, Jorge Guillén, la generación del 27, etc., además de sus estudios sobre "Calderón de la Barca y sus autos sacramentales", publicando libros poéticos como "La viña destruida" y otros.

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/0403



Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- BY (Reconocimiento): Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

- NC (No comercial): La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.

- ND (Sin obras derivadas): La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

P O E S I A

* A n t o l o g í a *

C o l e c c i ó n " S a n J o r g e "

8

EUGENIO FRUTOS

POESIA

* ANTOLOGIA *

Institución "Fernando el Católico"

Zaragoza

Publicación núm. 587
de la
Institución "Fernando el Católico"

IMPRESO EN ESPAÑA

Depósito legal: Z-732-74. I. S. B. N.: 84-00-04077-5

Talleres Gráficos "La Editorial". Coso, 70. Zaragoza, 1974

En octubre de 1927 la revista Litoral *que dirigían los poetas Emilio Prados y Manuel Altolaguirre dedicaron un homenaje a don Luis de Góngora —centenario de su muerte— en un ejemplar extraordinario, que cubría los números 5, 6, 7. Entre las colaboraciones de poetas, seguramente requeridos muchos de ellos, figuran Alberti, García Lorca, Gerardo Diego, Jorge Guillén, Juan Larrea... y Eugenio Frutos. Todavía en ese año era pronto para ver la prodigiosa renovación de la lírica española, aunque algunos de los colaboradores tuviesen ya un nombre, más promesa que logro según se iría viendo con el tiempo. Estaba allí representada la plana mayor, sin apenas excepciones, de los que iban a formar uno de los grupos más poderosamente creativos de nuestra lírica moderna y aun de todos los tiempos. Lo de menos es que se llame a esa nueva ola "generación del 25", "del 27" o "de la Dictadura". Son modos pedagógicos —¿pendantes?— de clasificar, con todos los riesgos y muchas menos ventajas.*

El caso es que nuestro Eugenio Frutos, con sus dos docenas de años, contribuyó con este "Romance de los molinos" que puedes leer en esta ANTOLOGIA. *Repasemos un momento la lista de colaboradores y advertiremos que hay no pocos nombres, en la reducida nómina, que apenas nos dicen nada como poetas y ciertamente con olvido bien inmerecido: Hinojosa (recientemente rescatado de la sombra con sus obras completas). Quiroga Plá, de quien hace tiempo escribí, aunque todavía no haya salido a luz mi intento de recuperación. O Rogelio Buendía, el amigo de Valle-Inclán.*

Con esta sumaria evocación he querido empezar por situar a Eugenio Frutos en un momento decisivo de nuestra historia poética contemporánea para poner de relieve que ya entonces su nombre como poeta era conocido, y estimado, en uno de los círculos más selectos. En este mismo libro pueden verse algunas muestras anteriores a 1927, que nos certifican de mi aserto. Inmediatamente ocurre una pregunta y es la de cómo desde esos principios, tan calificadamente situados, luego nuestro poeta no ha seguido, al menos

en un plano de notoriedad, cultivando la lírica para la que tan relevantes cualidades apuntaba. Acaso ni aun el mismo interesado sería capaz de dar respuesta suficiente, aunque bien valdría la pena el indagarlo. Y con esto apunto y requiero a que Eugenio nos dé unas memorias suyas, que habrán de ser tan interesantes por su ciclo histórico vivido, y más aún por sus vivencias personales, por su interioridad. En cualquier caso, y volviendo a la situación de un poeta joven, en los años aquellos, cabe pensar que la fulgurante floración lírica antes de terminar la década pudo actuar como estímulo y, no menos, como disuasión, especialmente para un espíritu con un alto sentido de autocrítica. Pensemos que no es lo mismo escribir en una u otra coyuntura histórica y que los demás nos condicionan en vario modo.

Lo que sí me consta, y lo he oído más de una vez a mi amigo y colega de Facultad, es que cuando estaba entre Licenciatura y Doctorado se sintió atraído en dos direcciones, no del todo opuestas, pero sí excluyentes: la de la Filología, a requerimientos de un maestro como Américo Castro que veía en el joven escolar un deseable refuerzo para el grupo que estaba entonces cuajando como segunda, casi tercera generación en la línea re Menéndez Pidal. Y la de la Filosofía, que hubo de elegir para un largo y ejemplar magisterio, del que he sido testigo largos años en Zaragoza, y al que le debo no pocas ilustraciones y enseñanzas. Porque, y ello debe poclamarse ya y aquí aunque no sea el lugar más idóneo, Eugenio Frutos tiene la condición magistral como una segunda naturaleza: su dedicación —¡qué palabra tan decaída por la fárfula administrativa!— es, ha sido, permanente y consustancial para con su vivir, y ello en la doble vertiente del estudio y su comunicación, única forma admisible de magisterio auténtico. Porque es el caso que Frutos no sólo enseñaba, y con qué eficacia y amor, en su cátedra, sino que hacía profesión de docente en los pasillos, en su casa, en el café. Eugenio es uno de los supervivientes de los desaparecidos cafés en los que se solía escribir: aún le recuerdo en su rincón del desaparecido Gambrinus zaragozano, leyendo y escribiendo, ajeno a todo lo demás, como quien cumple una jornada de trabajo. (Su audición le defendía del tumulto parroquial.)

El magisterio a que me refiero, y debo precisarlo, no era solo de su disciplina filosófica, pues Frutos tenía la cualidad socrática, excepto la ironía —salvo una muy distante y de impreciso des-

tino—, la cualidad, digo, de hacerse escuchar sin dejar de prestar la más penetrante atención a los otros. El diálogo era su fuerte, y sus alumnos o discípulos documentarán mejor que yo cómo eran recibidos y hasta buscados. Lo cierto es que no hubo en Zaragoza, singularmente desde que Frutos obtuvo su Cátedra universitaria —1951— persona, especialmente joven, cuyas inquietudes de pensamiento o literarias fuese desconocida, ajena a nuestro colega. Alguien mejor que yo podrá hacer —y habrá que hacerla— la historia de la vida poética zaragozana de posguerra: en ella la figura de Frutos creo que ha sido central desde que llegó a la ciudad, muy singularmente en cuanto a la poesía. Fundó y colaboró en una revista, Pilar, *de vida efímera como todas sus hermanas; lo vemos en la colección* Poemas, *colaborando desde su primer número (1-VI-1962). Y mientras tanto su firma aparecía en revistas literarias de Madrid o Barcelona con trabajos sobre poesía o poemas propios. Lo que no he visto ha sido un libro suyo en que recogiera esa obra que nunca dejó de hacer, como algo que divierte, en el doble sentido, de atenciones más graves. Menos mal que ahora tenemos la ocasión de disponer al menos de esta* Antología, *más bien tantalizante por lo que da y por lo que niega.*

Aquí ocurre que nos llama la atención algo que constituye uno de los nódulos de la problemática del poeta: la de su modo de serlo para sí y para los demás. Para su obra también, claro. Pero, aunque tengo algunas sospechas, no me atrevo ni a esbozarlas como teoría del poeta Frutos, por miedo al error aunque fuera minúsculo. La verdad es que mientras ha ido haciendo su obra de filósofo —y en ocasiones con atingencia al campo literario— no ha abandonado aquella vocación primeriza y yo soy testigo de algo que, aunque a mí haga referencia, debo contar, ya que viene en abono de esa personalidad de poeta, que considero radical en Eugenio. En una de varias coincidencias en cursos de verano, y a la orilla de un mar casi nunca claro, con cielo brumoso si no llovido, una mañana de tantas, gris, Frutos, tan friolento, contemplaba el paisaje, si aquella nebulosa que nos envolvía lo era. Al poco rato me entregaba, con su cortesía recoleta, unos folios donde pude leer un par de poemas suscitados por el lugar, el momento y su tonalidad. Lástima que no se hayan incluido, especialmente uno de ellos, en la Antología *que tienes en las manos. Pero están impresos y publicados en la* Antología de la Magdalena *(Santander, 1969), que el buen gusto*

literario y tipográfico de Pablo Beltrán de Heredia preparó en edición muy bella. Allí están "Mar lunada" y "Disolvimiento", de Eugenio Frutos, que se sostiene gallardamente no sólo con poetas a los que el lugar les había suscitado la trasposición a verso de su experiencia —Unamuno, Hierro, Diego— sino también con otros allí convocados y reunidos en representación de las tendencias más recientes de nuestra lírica: Claudio Rodríguez, Alejandro Gago, Cabañero, Alfonso Canales, Angel González, Gloria Fuertes, Jiménez Martos, Diesgo Jesús Jiménez y José Labordeta que nos traía el recuerdo de Miguel. De nuevo, si bien con ocasión menos señalada, Eugenio estaba entre un grupo de poetas muy de su tiempo. Y estaba con toda dignidad, con no menos dignidad lírica que cualquiera de los restantes.

Pero me he desviado, al prolongar el recuerdo, de lo que pensaba aducir y proponer como muestra de la radicalidad de la actitud lírica en Eugenio. Y es, sencillamente, que de modo connatural —una naturalidad cultivada, eso sí— trasmutaba una vivencia en expresión lírica y sin preocuparse de su comunicación, como algo que resultaba de una necesidad y de un modo de ser y estar. (La publicación se hizo, no sin su consentimiento, pero sí solicitado.) Con ello queda palmario que el hacer de Frutos, en cuanto poeta, cumplía y consumía su finalidad en sí mismo, sin necesidad de convertirlo en mensaje para los demás. Hay en esto, me parece, una que llamaré demostración de cómo la poesía cumple con la exigencia de convertir visión en palabra expresada y con ello se conforma. Lo cual supone un temple poético en cuanto poesía es —y acaso sea ésta su última diferencia— modo de contemplación y de dicción.

He ahí cómo Frutos, poeta permanente a lo largo de medio siglo, no ha publicado un solo libro de sus poemas, de los que hemos podido ver alguna muestra en ocasiones raras y de ancha intermitencia. En la tipología del poeta, Frutos tiene un lugar muy señalado, sin duda, y nada vulgar.

Al leer esta Antología, con muy pocos reconocimientos, uno se ha hecho su propia selección dentro de aquélla. Pero no voy a proponerla a nadie, y aun la he de revisar para mi propio uso y disfrute. Tampoco voy a caer en la tentación profesoral de dar las razones de mis preferencias, ni a situar esta obra en su historia o a señalar notas que me parecen distintivas y sobresalientes. Creo

que cuando se trata de poesía auténtica, ésta se comunica aun antes de entenderla con lo que habitualmente llamamos "entender", si en el lector hay una receptividad poética, hermana de la creativa. A ella apelo, muy seguro de que en estos poemas encontrarás, lector, la apelación incitativa a esa manera de recibir la poesía como tal.

Sólo diré que si hay un proceso de intensificación adensada en estos versos, si las concesiones al juego gracioso y alacre suelen hacer tal vez que las cañas se tornen lanzas; que si hay resonancias de máximos poetas —y se trata de voces, no de ecos en sentido machadiano—; que si la sensibilidad externa se funde con la interior, o que la exquisitez de percepciones no se queda en el gozo primero, sino que se potencia hasta alturas metafísicas: todas esas calidades, y otras que no enuncio, están convertidas en una lengua limpia y delgada —calificativo muy de aquel tiempo inicial de Frutos— con un casticismo no de receta, sino manantío en el que creo ver, depurada, su habla nativa regional con el acrecimiento de mucha y bien asimilada lectura de los mejores. A los que somos, lingüísticamente hablando, un tanto marginales, nos hechiza y admira esa posesión del lenguaje en escritores que lo son de raza.

F. Ynduráin

PRIMEROS VERSOS

Momentos

(1922-23)

I

HA dejado el piano
su equilibrio de música en la estepa.
El viento de la noche
los trenes alancea.
Los caminos llovidos
han rayado las ruedas:
pentagramas desnudos que me piden
las notas de mis huellas.
—Los caminos que rayan
la mano de la estepa—.
Y un árbol dice la buenaventura
de la mano muerta.

II

La tarde torturaba su caracol vacío
silbando el viento ciego. Las hondas galerías
de la angustia manaban sus aguas como un río
dormido en el silencio de tus manos vacías.

Los álamos curvaban sus ballestas de acero
miedosos en la estepa de ardientes soledades.
(—El campo tiene el gesto violento de un arquero
—ballesta el curvo río— que flecha las ciudades—.)

El nocturno temblando llueve de tu melena.
(—¡Que al ojal de tus labios su lucero te prendas!—)
El nocturno camina —silenciosa su pena—,
leñador de horizontes, esfumino de sendas.

La ciudad está sola. Mi horizonte limitan
tus ojos embriagados de sueños de faroles.
En hondas galerías de inquietudes palpitan
mis trenes.—Los tranvías han virado sus troles—.

Se ha quebrado la luna. Sus pedazos prendidos
en tus cabellos juegan al corro.—Desbandada,
la canción se columpia en balcones dormidos—.
Mañana cantaremos. Bajo tu sombra, nada.

III

Elegía marina

Un sueño desarbolado
navegando por tus ojos.
Anclan girones de viento
en mares de ocaso roto.
El mar, solo, se despeña
en monólogos de un hondo
recuerdo de lluvia sorda.
—El faro padece insomnio—.
El alba tiende sus manos
mojadas de tus sollozos.

IV

Sollozos rotos de lluvia
van ahogando tus miradas.
Y la tormenta epiléptica
va firmando telegramas.

4

Un triángulo velero
de cigüeñas asombradas
ha colgado de la lluvia
sus temblorosas palabras.
La vela del campanario
se ha rasgado esta mañana.
Y el reloj inquieto tiene
ojeras de enamorada.
En la angustia de tus manos
agonizan las campañas.

Romance de los molinos

EL molino de agua plisa
la falda inquieta del río.

Gira el molino de viento
despeinando los caminos.

De peregrinar descansa
el molino de agua y reza,
y el manso mastín del río
lame sus llagas abiertas.

Gira el molino de viento
—malabarista de estrellas—,
gira y ofrece a la luna
los polvos de su polvera.

El molino de agua duerme
y el mastín, de noche, sueña.
Al alba saldrá, molino,
al alba, tu molinera:
sus pies, veleros del río;
alas sus manos abiertas;
los cabellos enredados
en las últimas estrellas
y los senos temblorosos
en el talle como abejas,
en el talle deshojado

que se doble en la ribera,
el corpiño desceñido
como un pétalo que tiembla.

Hila el molino de viento
hila la luz en su rueca;
va devanando el ovillo
del sol su devanadera.
Ventilador de las nubes,
reloj de viento y arena,
abre en sus aspas la rosa
que deshojan las tormentas.
Aeroplano encadenado
—Prometeo de la estepa—,
que ha de volar algún día
hacia mares sin ribera
y un Camino de Santiago
ha de de dejar como estela.

Publicado en el homenaje a Góngora, de la revista *Litoral*. Málaga, 1927.

EVOCACION DEL ESTIO

Yo, quieto, seré quien vea
Como el estío se afila
Dentro de aquella tranquila
Tarde probable de aldea...

JORGE GUILLEN, *Cántico.*

Tarde

DE silencio acosado por los grillos,
como un lobo en el cerco de la luna;
de hilván de viento desmayado en una
tela de miel de ardientes amarillos;

de orquídeas lentas de apagados brillos,
de un paso incierto que al rumor se acuna
de la grávida mies; de sobra bruna
que apaga el bermellón de los ladrillos;

de un azúcar tenaz que a la garganta
sube gozo y dolor de mediodía;
de un jardín clausurado donde canta

rizada el agua de la fantasía,
en el tiempo que el límite quebranta,
la tarde inmensa con amor se hacía.

Piedra

¡QUÉ dormida está la piedra
para los ojos veloces!

Caduca, lento, el enjambre
de sus átomos concordes.
Esta chispa opaca, quieta,
se está muriendo sin nombre.
No bautizan nuestros ojos
con su piedad a lo informe.

¡Lejanos ojos, lejanos,
para los que acaso inmóvil
es el viento! ¡Qué dormido
el mundo, mudo a sus voces!
¡Nuestras ansias, sombra y piedra
para su luz y su goce!

Piel, aire...

BRISA sobre los nácares marinos
que tu sangre en aurora mueve y rosa
dando a tu amanecer ala briosa,
vuelo a mi barca y al amor caminos.

No sabe de los frágiles destinos
tu aire adensado en pétalos de rosa,
que con tal inocencia se reposa
sobre inquietos delfines matutinos.

Aventurada por tu geografía
de corrientes azules entre hielo,
ciega de luces queda el ansia mía.

Y todo resplandor detiene el vuelo,
donado a la presencia de tu día,
para ceñirte con rigor de cielo.

Aparición en estío

En la elevada floración del día,
tanto de tierno cielo y mustia era,
adelantarse vi la primavera,
rezagada y fragante en la sequía.

Cuanta frescura contra el sol porfía,
atada en su primor, colores era,
y el verdor acre y dulce de la higuera
adegalzaba en lirios y ambrosía.

¡Qué atrevida Diana, la doncella,
por cazar mis imágenes de gloria
de adentró por la hoguera de mis ojos!

¡Y cómo por salvar su aurora bella
se hizo hielo feliz en mi memoria
el fuego destructor de mis antojos!

De vuelta

Mi alma está temblando en cada cosa:
¡qué resignada, bajo el sol, en tierra!,
¡que alzada en nube por los cielos yerra!
y en oveja y en liebre, ¡qué medrosa!

Cuando mi cuerpo sin dolor reposa,
de una urna feliz la desentierra
una inquietud mortal que mueve guerra
sobre el agua dormida y procelosa.

Y fatigada ya de tanta vida
por el ancho paisaje y abundoso,
no extraño que a tu voz llegue vencida,

y, en vez del fuego del ardiente esposo,
halles la fuente que reclama, herida,
a tu sombra de flor, casto reposo.

Flor, fruto y luna

¿DE qué te sirve, amor, haber mirado
esparcida por ti la primavera,
si la espiga no está donde la era
ni la flor donde el fruto colorado?

¿De qué te sirve, otoño sazonado,
colgar de los parrales miel y cera,
si tras de la vendimia es calavera
el pellejo sin zumos, arrugado?

Cana de luna, silenciosa y fría,
será la rosa de tu carne pura,
que sol hermoso fue la luna un día.

Casta frialdad de aquella vestidura,
que tanto pintó, amor, tu fantasía,
en larga noche y triste sepultura.

Agil gacela

AGIL gacela, si salvaje, tierna,
por cañadas en flor de adelfas rojas,
salta tu sangre que a compás deshojas
rosando nieves con su llama eterna.

Y surte tu canción que aires gobierna,
alcanza estrellas y despierta hojas,
plumando cisnes que de fuego mojas
en el agua con sol de tu cisterna.

Tu sangre pisa pétalos de auroras
nacidas de tu propio hielo frío
y de la noche oscura en donde moras,

y en donde el ruiseñor del sueño mío
quemaba las estrellas de mis horas,
que el alba fueron sobre ti rocío.

Torso desnudo

SE ha elevado tu pájaro de nieve
por tu espalda de vuelos verticales
y sombra perfumada en los rosales
de tus rizos nocturnos dulce bebe.

A esquiar la mirada no se atreve
por el terso blancor de sus cristales,
donde a los crudos cierzos invernales
un estío de sangre oculto mueve.

Alba en claro trasunto, que quebranta
en claveles de aurora sus jazmines
y el clamor de los pájaros levanta.

Mármol rosado, quieto en sus confines,
donde una primavera en hielo canta
bajo las venas de azuladas crines.

El higo

(Madrigal)

GOLOSO tu clavel de su dulzura,
breve escarcha de azúcar, dulce hielo,
chupa el higo maduro y miel apura.
Tus labios, con la sangre rojo cielo,
oriente de tu vida,
templan con nata vegetal su anhelo.
Y tanto a ser bebidos nos convida
tu boca, donde el sol al alba hiere,
que ya no sé juzgar, si más dichoso
es el labio goloso
o el dulce fruto que en su fuego muere.

Visión

TENGO en los ojos una tarde muerta
de una luz tan hermosa como triste
que de oros melancólicos la viste
y al desolado campo se concierta.

El águila caudal del cielo, yerta,
plumas violetas de pasión reviste,
y donde alzó su vuelo ya no existe
sino ceniza de memoria incierta.

Toda España sangrando en este ocaso,
"hermosa y triste de pasión vestida",
tiene desolación de campo raso,

ave de vuelo que de sombra herida,
soñando con el alba, paso a paso
en noche triste se le va la vida.

Al atardecer

AL dulce peso siento en mi costado,
donde tu cuerpo su dolor reclina,
cual si la noche contra mí divina,
palpitante se hubiera reclinado.

Late tu corazón acompasado
al ritmo de la estrella que adivina,
y a través de tu piel cálida y fina
brisas de otras esferas me han llegado.

El misterio en el orbe diluido
en figura y en peso se concreta
conmoviendo al incrédulo sentido.

Todo en torno de ti se hace planeta.
Las ilusiones, que buscaban nido,
hallan la puerta de la paz, secreta.

Se va volando...

ATANDO el cielo su esplendor maduro
con los lazos sutiles de la brisa,
regala en este ocaso nuestra prisa
con la lenta fruición de un goce puro.

Esta pulpa de luz y aire inseguro
ciñe de piel la bóveda precisa,
aunque una vaguedad en ella irisa
el presente fluyendo hacia el futuro.

Veleta y piedra el alma, se ha ceñido
en un punto reposo y movimiento,
como al árbol el pájaro está unido.

Eterniza la luz su pensamiento,
mas la leve dulzura del sentido
se va volando en la inquietud del viento.

OTRAS EVOCACIONES

Pájaro

¡QUÉ lindo el pájaro, pájaro,
pajarito, pajaró!
¡Qué lindo el pájaro en rosa
convertido de aire y sol!

Es un cohete que trina
su libertad con primor;
es un clavel, cuyos pétalos
son de fuego y de ilusión.

¡Ay!, ¿dónde se acuesta el aire
que pasa por tu balcón?
¡Ay, dónde, pájaro, dime,
dime, dime, dímelo!

Es un vilano de sombra
y de luz, y de temblor;
es un grito del ocaso
bordado con emoción.

¡Ay!, ¿dónde se van los sueños
que el otoño maduró?
¡Ay, dónde, pájaro, dime,
pajarito, dímelo!

Cazadora sobre peñas

PAR del invierno inmóvil y aterido
tu gracia en vuelo, de esperanza suma
coronaba la roca con su pluma
de alba temprana y de caliente nido.

El lago de los aires, que dormido
robaba al agua párpados de bruma,
pasado de fulgor, rizó su espuma
por la saeta de tu voz herido.

Más que cruel y altiva cazadora
semejabas la cierva perseguida
que nada luces y el espanto mora,

y que enreda a sus patas la florida
pradera que a tus ojos se colora,
estelando el silencio de la huida.

La Crucifixión

A Jesús Delgado Valhondo, poeta y amigo.

POR cárdenos vapores respaldada
cuelga en la cruz exangüe la alegría,
que ya su luz de sol no volvería
sino en lunas de Hostias reflejada.

Pero quedan las mieses en la arada
y quedan las violetas en la umbría,
donde vive la forma en agonía,
besando el polvo de la tierra amada.

En mi carne te tengo crucifijo,
al morir en su barro vivo el cielo
como el Padre de Amor muere en el Hijo;

y manjar de mis noches es tu duelo,
que en madero de angustias llevo fijo
mi dolor por los clavos del desvelo.

A la campana con reja de la Iglesia de San Juan, en Cáceres

¿DONCELLA fuiste, rubia, trenzadora
de musicales oros en la tarde,
esbelta clausurada, en alto alarde
de metal que los aires enamora?

¿Qué cárcel de la lágrima sonora
el dolor clamoroso habrá que guarde?
Si un alma al fuego de tu canto arde,
angustiada será desde esa hora.

Nido de piedra para el ruedo en sombra
de tu falda de bronce al sol herida,
quieto y feliz, el campanario ofrece.

Pero fuga en lo azul tu alma se nombra,
¡oh cintura quebrada y redimida,
donde el vuelo del aire te merece!

Introducción a Córdoba

Para Ricardo Molina, en mi visita a su ciudad.

AGUA en rumor para mayor deleite,
inasequible azul, grises olivos
como viejos o sabios pensativos,
que, dorado, sacáis de savia aceite.

Campo de tanta soledad poblado,
naranjos, sauces verdes en estío
y regato heridor o escalofrío
que lame el gris del olivar costado;

vosotros que escuchásteis con asombro
al ruiseñor que ni siquiera nombro,
porque, vate, tú siempre aquí resuenas,

escuchadme —os lo pido— en esta tarde
en que de nuevo, tras los años, arde
en poesía la sangre por mis venas.

LO INVISIBLE

La invisibilidad, el hallarse oculto, no es un carácter meramente negativo, sino una cualidad positiva que, al verterse sobre una cosa, la transforma, hace de ella una cosa nueva.

ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote.*

Rien ne peut déranger l'ordre de la lumière.

PAUL ÉLUARD, *Poésie ininterrompue.*

Et vera incessu patuit dea.

VIRGILIO, *Eneida.*

Sobre piedra de eternidad

DESNUDOS que nos tienes, inmensamente amargos,
eternidad, tan lejos de tu redonda esfera,
tan próximos al barro, a la flor o la nube,
tan inseguramente viviendo en el instante.
Somos los elegidos por el cuidado, nombres
que están siempre presentes en la memoria eterna:
nosotros, que olvidamos, no tenemos esponjas
para lavar el nombre de nuestra eternidad.
Y acaso deseáramos, indiferentemente,
discurrir como el agua que espeja las orillas,
inmergiendo serenos las bellezas del mundo,
mientras nos aguardaban, fatales, los océanos.
Pero, sobre la piedra de eternidad fundados,
de extremadas raíces la savia nos asciende,
como a las flores frágiles del almendro marceño
la sombra y el silencio de la tierra les llega.
Nos sostiene en el aire un subsuelo de dioses,
que nuestro afán de huída retiene y espolea,
como un jinete duro domina los caballos
que el fuego de los bosques ensangrienta y espanta.
Quisiéramos, acaso, que el viento de la nada
nos arrancase un día de tan tenaz memoria.
Pero también el árbol que desarraiga el viento
vuelve a ser sostenido por la tierra segura.
Sus raíces, crispadas de dolor, son un grito
de escándalo que acusa el fallo de lo eterno,
pues es culpado él solo de su débil arraigo
y el destino inmutable sigue pesando sobre
los dioses impotentes.

Nube en la mañana

LEVÍSIMA, lejana, brillo de nieve y sol,
fina ceja de un rostro velado en lo celeste,
era nube o recuerdo contra un azul de infancia
traído a mi yacente presencia de la hora.
En tanto y tanto espacio, sólo el cuerpo sin sombra
del viento me impedía acariciar la apenas
curva de su contorno.
Todo el mundo intermedio, caducado yacía
en abismos u olvidos. Su contacto viviente
trascendía los rígidos límites de mi cuerpo,
que el peso encadenaba al espacio inmediato.
Algo de mí crecía, jubiloso y eterno,
que no quemaba el fuego invisible del tiempo.
El tiempo era un hermoso arcángel que blandía
una espada de sol y de luna alternantes,
para expulsarnos, lento, de un triste paraíso.
Un círculo de sombras del corazón crecía
amenazando al cielo con su brillante nada,
mientras iba la nube disipándose lenta
en aire sin color y recuerdo perdido,
y mi sólida sombra se afirmaba en la tierra
transitoria y eterna como el cuerpo del hombre.

Sobre la tarde

BRILLA la tarde nuevamente, como hecha
de acero vaporoso.
El cierzo, leve, imita los rizos de un niño
que hubiera encanecido en su niñez.
El invierno es presencia de la intimidad
expulsada,
palpitación de frío de la intimidad inerme
en el descuidado jardín.
Ojo de cíclope cegado, ojo de cíclope
arrasado en llanto frío,
la fuente musgosa,
la fuente sucia de hojas secas, de agua verde,
escalofriada.
Los débiles tallos de la luz se inclinan
bajo la pesadumbre de las sombras altas
como el hombre cargado de presagios,
el hombre abrumado de revelaciones.
Camino
con el gozo íntimo de la vida que nace,
entre la vida acabada,
con el gozo de la brisa del alba y de los capullos
y también con el de la podredumbre fecunda
de los muertos.
Una ronda de vidas nacientes
ciñe la cintura del movimiento:
se oye el estallido invisible
de las llamas de luz

y las rectas se curvan en el giro cósmico,
grávidas de futuro,
El tiempo,
agazapado bajo la marea creciente de los grises,
cosecha órbitas de astros
con la guadaña sutil de su presente.
No quedan astros en el cielo
ni recuerdos en el alma:
lisa, mate como la tarde, pero sobrecrecida,
alta, satisfecha,
¡como muerta!

Esperanza del árbol

PLANTADO aquí, Señor, y por tu mano,
en mi rumor soñándote, yo espero
tu aguacero, Señor, ese aguacero
que nos limpie del polvo del verano.

Y el viento aguardo —tu feroz milano—
que haga rapiña de mi verde huero
y la nieve implacable del enero
que fije mi esqueleto en cristal cano.

Limpio de sueños, voluntad de presa
hecho en mis ramas por coger las nubes
donde tu pensamiento en agua llevas,

seré pura esperanza, como esa
luz de tus ojos que a los cielos subes
verdemente humeando en hojas nuevas.

II

Niño

I. Rosa, rosado

ROSA, rosado. ¡Qué rosa
y tierno sin ser granada!
Si la carne se sonrosa,
queda el aura desrosada.
Linda el rosa con la nada
por transparencia de piel,
y donde pone el pincel
su color más sonrosado,
cátate el niño acabado,
perfecta pella de miel.

II. Panal

Panal, que panal te nombra
la luz que te zumba en torno,
abeja de tu contorno
cada rayo que se asombra
de tu palpitar. La sombra
hizo en ti hueco a la vida,
¡oh miel de sangre impedida
por la piel que se derrame,
mientras la noche te lame
como una viviente herida!

Tentación

SIERPE que fuese sonora,
al verde campo tentando
con el poder de su bando,
silba la locomotora;
y, a sus silbos, el Ahora
en esguince se mantiene,
mientras el futuro viene
mecánico de preciso,
alojando un paraíso
que se tiene y no se tiene.

La primera Nochebuena

Para mis hijas, en la Nochebuena de 1948.

SI nace una hierba nueva
en medio el prado florido,
¿quién se entera?

En la sola pincelada
de un verde más tierno y fresco,
¿quién repara?

Si una mínima hoja débil
el vuelo del aire riza,
¿quién la siente?

Si Dios, moviendo su dedo,
no hiciera correr la estrella,
¿cómo despertar del sueño?

Si unas voces misteriosas
no sonaran en la noche,
¿qué sabría la pastora?

Si lo invisible indeleble
no empuja a los animales,
¿cómo elegir un pesebre?

No supieron, no sintieron,
no repararon en nada,
¡y era todo, ya, suceso!

Angeles de amanecida
para avisar, pocos fueron,
¡y era ya la aurora viva!

La primera Nochebuena
los hombres no la vivieron.
¡Quién sabía lo que era!

Alamos

ALAMOS. Y su esbeltez
y nada más en la tarde.
La realidad más concreta,
más inmediata, es bastante.
¿Qué sabemos
de las otras realidades?
El temblor de hojas y ramas
y su cimbrear suave:
un verde móvil y fresco
ceñido y fiel al instante.
¡Qué condensación de vida
los álamos en la tarde!
Oscuros poros del cuerpo
ansiosamente se abren
a las lanzas de la luz,
a la dulzura del aire.
Formas, colores, olor
y luz vienen a habitarme:
en el tiempo me mantiene
un peso de realidades.
Las imágenes descansan
—¡oh formas aleteantes!—
como pájaros cansados
de tanto vano viaje.

El mar que vive de noche

LA realidad es la sombra,
entera, compacta, plena.
Las estrellas, a la luna,
son quimeras.

Pero de un agua enlunada
se acuchilla la marea,
al oscuro terciopelo
poniendo arroyos de seda.

Tanto se eleva en el aire
el testuz de la fiereza
que pastan toros de sombra
la leche de las estrellas.

La luna de media boca
zuga de las ubres negras.
Y pasan barcos lejanos
sin conocerla.

A un capullo rojo

¿CÓMO puedes ser perfecto
antes de la perfección?
Te aguarda la rosa fuera
del tiempo, y en el amor.

El instante detenido
en tu detenido sol
apura fuego en primores
de tu encendido primor.

A tu confín se reduce
el fin de tu aspiración,
y si niegas a la rosa,
la pones en tu esplendor.

A plenitud creces y
lo pleno se realizó.
¿Qué tendrá la rosa que
no tenga ya tu primor?

Tan sólo el peso del tiempo
hará tu fuego mayor,
y la eternidad tan sólo
pesará más que el reloj.

Eres tú la primavera,
anhelo de perfección.
La eternidad es la rosa,
sabiduría de amor.

Aguza el pincel pintor

DESDE este gris, suavemente
ya invadido por el rosa,
todo el exterior reposa
sobre la persiana. Un verde,

a listas, frente a los ojos:
el cuadro comienza aquí.
Al trasluz, yo miro así
colores, planos y un hondo

espacio que no se pinta,
que no está, mas me lo sé.
La cal de un muro se ve,
rayas entre rayas, tizas

de colegial, que se pegan
blancas a lo verde. Sombra
y luz, que el pincel no nombra,
las superficies alejan,

y en medio se alojan masas
de verdes, de grises, de
espacio que no se ve,
que en planos no se destaca,

pero hay que pintar: aguza
tu pincel, pintor, y pinta.
Pinta la existencia extinta,
la nada que nos alumbra.

Sólo una cinta de cielo
arriba, y a la derecha
flores partidas. Deshecha
la perspectiva sin eso;

pon distancia de color
a color, deja correr
música entre ser y ser,
que azarosa precisión

dibuja. Ponte a escuchar
su ritmo dentro, que dentro
del cuadro, invisible centro
de la creación, allí está.

III

El recuerdo

LA mañana nacaraba sus conchas,
idealizando el paisaje.
Bajo el brillo transparente de los aires,
en cóncavos remansos,
latían sombras violetas,
como una voz que se quisiera dejar oír
y, al no lograrlo,
se convirtiera en sueño.

Cautelosamente vino,
de no se sabe dónde,
de todo el pasado, acaso,
una redonda presencia que desalojaba el sol.
Caminos de huida
envolvían el ascua viva y la velaban,
hasta arrebatarla del horizonte.

El redondo vacío del recuerdo
se instaló en su lugar,
empezando a girar todas las cosas, sumidas en el día
en torno a esta ausencia del sol,
a este hueco de presente,
donde moría el ahora de cada forma, desrealizado,
y la espléndida mañana
se convertía en un acompasado girar
de muertos reverberantes,
y la palidez del nácar significaba
la forma de esa muerte

Asamblea de ángeles

Si ese llovido verde
refleja la luz, la exala y la deja ascender como una túnica;
Si las pizarras, al sol,
deslíen un polvo gris sobre la azulada mañana,
que cae por la sombra de las calles
y al chocar contra las piedras
toma vuelo como una calandria
y vuelve a reflejarse en esa zona indefinida
que defiende y humaniza el demasiado azul del cielo;
si los picos lejanos, que acerca el aire limpio,
dan hilo y lino,
encaje y holanda
para vestir los huecos que han dejado las estrellas;
si los suaves ventisqueros
son mejillas de Dios o de la muerte,
y el hayedo y el robledal
embozan montes de verde duro como arcángeles;
¿qué hacemos aquí, hablando crudamente,
desnudando a los ángeles de luz,
desorganizando la asamblea
que el día, padre de los misterios en su claridad,
ha convocado, en armonía de flotantes,
coloreadas, luminosas túnicas?
¿Qué tiene que decir la voz del hombre?
—No sé para qué hablamos, si la palabra no sabe
refulgir o nevar,
o siquiera empedrar de guijos grises

el aire ofrecido a su obra.
Pero callar es dejar los ojos
mansamente vegetales
como hojas sin mirada,
permitiendo que el aire que transita
los vacíe de luz
y queden como un otoño robado por el estío de los ángeles.
Y ellos escuchan —nos parece que escuchan— arriba,
extraordinariamente huidizos.
Hablamos sin esperanza,
y un torbellino de velos agrieta la luz. Callamos,
y la quietud de las túnicas hiere —hielo de aire—
como un cuchillo que se nos va clavando.
Más vale cantar. Acaso cantar...
Pero sin estruendo, sorprendiendo la ascensión de la luz,
la caída suave del aire,
el ritmo del concilio angélico
que reclama quizá nuestra palabra
para revelar el concierto de la mañana. Nunca
lo sabremos bastante.
Suba, rítmico, el verbo.

Vilanos sobre nada

SE disemina milagroso el día
en soles diminutos.
El cierzo afila espadas, templa cielos,
saca a las almas su color desnudo.
Hay huecos en la luz. Negras semillas
en ellos laten de mortal futuro.
Y los radios del ser —sólo vilanos—
se mueven a compás de rayos músicos.
En las pausas de luz duermen tranquilos;
luego, giran y saltan, dioscuros.

Preciso, distribuye
hoy el sol sus asuntos:
hay que encender los ventanales muertos,
nubes farolear, teñir los muros,
aguzar campanarios y en la sangre
lanzar veleros de ilusión difusos.

Más ellos —los vilanos— sólo radios,
acordes de segundos,
van en la danza sin soldar, sin nada,
hilos con hilos, mágicos, sin núcleo.
Su centro es un vacío
para enhebrar, al oro del sol, rumbos;
una boca interior que sorbe sueños
de algún lucero muerto, ya confuso.

Evidencia del halo

LA nervatura finísima de la tarde
—hecha de nostalgias, de mar lejano y altas brisas—
sostiene una bóveda de pálidos colores.
Bajo ella deambulamos
como devueltos a la vida, y en la calle,
ladrada de vulgaridad,
pasamos con un aire de misterio,
nos vamos tocando con un dedo invisible
y reconociendo:
aquí está tu nimbo.

Hace mucho tiempo que se habrían hundido las torres
(el Apocalipsis fue al comienzo),
si esta evidencia de lo invisible
no se alzase sobre la existencia gris,
como el aire iluminado
se sostiene y se levanta
sobre las rocas pesadas y anónimas de la tarde.

El clamor de lo celeste circula
por el seno de la vida
como los peces rojos, llevando esquirlas de sol,
por las zonas abisales.

Porque estamos de regreso
podemos soñar con la muerte
y pisar el coral de la tarde
sintiendo subir desde nuestras raíces
la pura llama
que nos incendia y nos sostiene,
imperceptiblemente.

Aire quieto

ESCANDALOSAMENTE
sereno, todo el aire,
ese gran ser celeste, yo lo siento
sentado aquí, sobre la tierra fría,
a la dura corteza bien pegado su cuerpo
indefinible y blando,
cuerpo —¡temor!— sin huesos.

Le vi nadar desesperadamente,
despertando a los árboles del sueño,
temeroso de ahogarse
en su mismo silencio.
Y quieto ahora, desesperadamente
callado y quieto.
en su quietud ahoga
todos los pensamientos.
Una luz le florece, luz extraña,
que le quema por dentro,
como al niño le dora la sonrisa
o le consume al animal el celo.
Y este leve rescoldo de la vida,
entre cenizas de temor eterno,
es acaso ya el único
hogar en donde puede calentarse el secreto.

¡Esta lumbre! No puede
ya expulsarla, y quisiera

estar dormido o muerto,
porque es la eternidad mucha vigilia
y excesivo el misterio.
No puede echar de sí su luminoso
ser. ¿Y qué puede
ganar en su desvelo?
Exponerlo quisiera
a la lluvia y al viento
de la noche. La sombra
le sería un consuelo.

Perder, sólo perder. La quietud nunca
se gana, si es ya un hecho.
Y aquí cuelga en la nada, loca lengua,
desterrado silencio.
¡Oh lengua sola, sin apoyo alguno
que le permita articular su verbo!
Mudo y fosforescente muere el aire,
inmóvil lebrel ciego.

Cruel hermosura

SE asomó Dios al cielo. Las cárdenas espigas
de las nubes de ocaso acostaban su lluvia
como un vientre fecundo que reposa del parto,
con el ya sol crecido riéndole su aurora
a otras tierras de sombra, más allá de su vida.

"Es hermoso —se dijo—. Las luciérnagas grandes
de las ciudades y las pequeñas luciérnagas
de las aldeas tratan de iluminar las plantas
de la noche que crece, como los muertos, libre."

"Nada tengo que hacr. Las criaturas respiran
y su aliento azulea mi mirada empañada,
que trato de limpiarme con el retorno al puro
ámbito de la nada. Pero imposible. Flota

la creación como un coro de la tragedia antigua:
me amonesta, me nombra, me desconoce impía,
me ruega temerosa, me asusta con su loca
vocación a los ceros, cuyo secreto círculo

era el anillo mágico de mi poder incierto."
La barba de una nube se tiende melancólica,
limosneada de oro por un sol ya evadido,
pero en recuerdo preso. Un lucero de hielo

nombra el infierno. Siente Dios su alfar de ceniza
en la grisácea mano, que un niño —"de él el reino"—
céfiro imperceptible, destino, va borrando
con rocío de sombras. "Sería muy hermoso

un mundo de sangrantes mieses crepusculares."
Y, realidad el ansia, abate por los suelos
criaturas en estratos, desgranadas espigas,
mieses —¡cruel!— desnudas a su soplo de sangre.

Leño solo

Y dando soledad a tu silencio,
te circunda la tarde, leño triste,
la tarde del invierno,
escalofrío puro entre los árboles.

Esta sangre, que ahora
en bahía leñosa se resguarda,
latió, caliente y loca, en el mar grande
donde hermanos de muerte, leños vivos,
se perdían en esa que tú evocas,
en la invisible plenitud del campo.

Ritmo a punto de hielo nos congela
las obras de la vida,
y en tu libar parado
ya no envaina la tierra
la aurora de otras flores.

Solamente la llama,
que espera consumirte,
te salvará en la gloria de los aires.

La inmortalidad

VENÍA la noche, y una floración ondulante de sombras
nos envolvía.
Atardecía nuestra mirada sobre el crepúsculo
cuando ella nos tocó, despertándonos.
Y fue clara su voz:
—*No todos vivirán.*
Oír más no fue posible. Rumorea
en colmena
ascendían:
orquídea del oído, crecía la confusión.
Las sombras, en descubierta, chocaban contra las sierras,
luchaban los árboles con los ángeles del viento
y, al lijar el cielo,
los últimos rayos del sol,
despuntaban estrellas.

Atento permanecí:
pasaba la noche sobre sí misma
en recuerdo de recuerdos:
Ofelia de ojos vacíos por un río de muerte.
Como si la tarde me hubiera petrificado,
al borde de una corriente
quedé.
Las aguas ondulantes se llevaban mi mirada,
y yo edificaba crujientes imágenes
sobre este zócalo movible.
Aguardaba la revelación.

Ya siento huecos en la noche.
Como la salud se aloja en el hueco de la enfermedad,
delicados grises
ganaban las ausencias de las sombras,
todavía sin cuerpo,
como voz coloreada de un arcángel anunciador.
Rosas y malvas —alma, frenos—
para fondo de las formas oscuras,
presentes si olvidadas.
Y aquí el rojo —la cresta del ser— evidenciando la sangre.

Todo en revelación, lo que ya estaba.
Nuevas palabras no son precisas. Seguras
se alzan las formas que en la noche fueron,
salvando de la nada al día.
—*No todos vivirán: sólo el que vive.*

De noche estamos hechos

DE noche estamos hechos, de témpanos oscuros.
La forma es una linde de claridad apenas,
y la sangre que asciende su himalaya de sombras
no pasa de la nieve del cerebro
revueltamente oscura.

Sola una garza vuela. Cuando el dolor estanca
la vida en el pantano de las desolaciones,
carne y sangre se funden como en un cuarto negro;
por encima la garza solitaria
de una conciencia lúcida.

Pero luz para nada. Sólo luce la luz
que ilumina los seres. Y ese vuelo purísimo,
inhumano se cierne sobre la opaca roca,
porque al aire incitante de su vuelo
las ondas no responden.

De sombra. Y, sin embargo, la luz también se teje
de materia sombría. La urdimbre de la noche
se entreteje con rayos destilados, y el día
no entrelaza otros hilos en su túnica
que los del movimiento.

Nuestro peso sentimos, nos solidificamos.
Vamos ganando en sombra, creciendo en noche. El vuelo
va muriendo en un aire que ya no lo sostiene,
la luz es un impulso inondulado,
no se revela Dios.

Creación de hombre

EL mundo estaba hecho. Dios sentía
su enorme desamor. Como no puede
devolver la mirada un hombre vuelto
de espaldas, si él lanzaba
sus iris, esas grises
opacidades de las cosas muertas
se bebían la luz sin responderle,
embriagadas de esencia y degradadas
por arrastrar a Dios en las tinieblas.

Un poderoso impulso, un gran deseo
vibró: y la torpe materia más dormida
que la frente del sueño, fue un gran arco,
un disparo de acción: el espantoso
mundo del animal había surgido
con afán destructor, pero afinando
la rebeldía de quien desconoce
la presencia que el ímpetu desata.

—He de estar allí Yo, dijo, humillando
la arisca cima de lo Eterno en tiempo,
como la cumbre helada condesciende
a desatar en agua su blancura
inmóvil.
La Palabra
ya fue el Hombre. Se cernía
como un águila sola bajo el cielo

que cobraba, ya azul, sobre sus alas
este nombre de cielo. Y cuando el roce
de sus plumas de amor configuraba
en su pasar las cosas, reducía
esa muerta quietud a transitoria
vida consciente.
Supo el hombre
sólo al surgir —jaula de Dios—, viviendo,
lo que aparece a un juego de sentidos
en su tránsito leve ¡tan hermoso!
La encrespada y oscura rebeldía
de las cosas cedió. Los hombres fueron
deshaciendo en la nada su firmeza,
rescatándolas —¡no!— de la espesura,
para reconducirlas a la lumbre
devoradora al fin.
No supo el hombre
—¿lo sabe ya?— que cuando pasan todas
las apariencias que, al nombrar, alumbra,
en la ceniza, el polvo, la tiniebla
queda la resistencia, la pereza
del ser sin ser, sin Dios, sin luz: el golpe
de la inicua existencia revelada:
lo que no puede reducir a Dios.

DESDE LA BRUMA

—*Yo no digo esta canción*
sino a quien conmigo va.

(Romance del Conde Arnaldos.)

1

¿POR qué la claridad colma mis ojos
como dos copas de cristal sensible,
si vamos por la bruma, si no veo
la sierra que limita el horizonte,
si está descuartizado el campanario
por vientos galopantes, y aquel humo
cernido del hogar en lontananza?

Golondrinas en los Pirineos

VOSOTRAS me recordáis en este paisaje exasperado,
un campo sencillo como un intacto cielo
y el incendio de un aire tremolante
donde mis ojos dibujaban las imágenes inéditas de un mundo
que no he encontrado nunca.

En el aire colmábais cestillos de vuelos
para mi anhelo de evasión,
y mi alma quedaba, como el aire pulsado por la brisa,
temblorosa e irisada de luz.

Como un tacto escapado se remontaba hacia las bellezas celestes
mi mirada cortando el aire sin romperlo,
y comprendiendo acaso que la negrura
es la huida sin término
o el olvido
o la palpitación.

Y ahora os miro distantes, separadas
de mi forma pétrea solitaria,
de mi pedernal de tiempo
o dureza de mí mismo,
como una ternura intempestiva en la oquedad de las montañas
—gracioso hoyuelo en la cara del niño
o parloteo que enciende florecillas de luz
sobre la hierba agostada—.

Encapotada, embozada en la angustia,
atraviesa el alma un puerto de viento áspero,
con greñas de asombro sobre los ojos,
porque el idilio
perdura como una fotografía amarillenta
y no sabe si la crueldad, la indiferencia o el hastío
son formas de lo perdurable.

¡O raudas, oh constantes versátiles!,
destrenzadme este vegetal laberinto
y vea y lea y escuche
vuestro lenguaje, de simple olvidado,
y por qué amontonáis distancias
y me recordáis que el tiempo soy yo solo,
deshaciéndome
y creándome
y esperando.
¡Y esta mano, esta mano que me sostiene,
inacabable!

Crisantemos amarillos

BATISTA o seda de mujer, en traje
suavemente cubriendo la ternura,
¡oh blando vegetal, verdes rosales,
flor de otoño mielero!
Y la carne apretada de la piedra,
gris y dura, emergiendo sorprendente
de tanta suavidad, indescifrable.
¿Por qué, vestido de una azul ternura,
aroma el rostro incógnito?

Espíritu

CÓNDOR planeando, viejo, sobre la nieve eterna.
Pero con las uñas secas,
que se le caen como las hojas en otoño.
Espuma endurecida del éter flamígero,
espíritu alto y ya vencido
principio de corrupción,
llevado al borde mismo de las estrellas.
Porque tú sientes, cuando vas a morir,
qué piel de doncella celeste
tiene el aire de la primavera
y qué mordisco de hielo
le tira a la manzana del sol la noche,
y qué turbia melena incandescente
palpita de fecundidad en la vegetación sombría
con que arropa la tierra su sexo .
¿Por qué cuando tu espíritu brilla como un diamante
que el tiempo endureció,
se deshoja tu carne cobardemente,
tiernamente, sobre la naturaleza en celo?

Lo que ví

Vi la paloma huir,
¿hacia qué cielo?
Vi al milano batir,
¿contra qué puerta?
Vi al alma heñir espumas
y azotar la soledad hermética.

D e s e o

QUISIERA ser una de esas criaturas desconocidas:
un pinzón, un dafodil.
Son sencillas y concretas, existen,
pero no las conozco.
¿Es una evasión? Una punzante
desazón
no me hace abandonar este sitio:
tan resignado vivo al límite.

Desilusión

ESTOY cansado de llorar. Las rosas
violadas en su mágico palacio
de luces por la lluvia torpe, ciega
—bueyes zafios que pastan los encantos
de gráciles princesas—, esas rosas
nos dicen hasta dónde sólo es barro
la pureza cernida de su gracia.

Las aves disparadas hacia el blanco
del trino más redondo —esas esponjas
de la luz y el aroma—, gorjeando,
van en locos rondeles de armonía
por el latido enorme del espacio
hacia la nada de cintura frágil.

Y late el corazón desalentado
de regalar su sangre a las auroras,
y se acorbarda débil como un pájaro
bajo la mano sin piedad del tiempo
que persigue —cruel— aprisionarlo.

Yo quisiera volar, y es mi memoria
un trozo de cristal pisoteado,
una tela negruzca y destrozada
en la desnuda amarillez de un páramo.
La ilusión bate y bate el aire solo
y hace espumas de sueños solitarios.

Queja

EL aire —inmenso toro echado sobre el cielo—,
el aire rumia estrellas en éxtasis celeste.
Apenas si en los ojos le cabe tanto vuelo.
Le perfuma un perfume penetrante y agreste.

¿Dónde vas en la tarde, corazón dolorido,
saltando, sangre viva, de hoja en hoja,
temblando, llanto claro, en el balido
donde música fuente se deshoja?

Tus cabellos, no más, escalofrío
en la carne desnuda de la tarde,
van sesgando la luz y el ancho río
del tiempo. Tu mirada ya no arde.

Mi memoria es la curva honda y oscura
donde la triste soledad se pierde.
Como el pardo terrón me desmorono;
soy tierra nada más, tierra futura,
sin humedad y sin caricia verde
en el desierto gris de tu abandono.

¡Oh caricia sedosa de la brisa!,
¿dónde se pierde, sin amor, tu mano?
¡Oh suave sonrisa
del entresol y sombra del verano!,
¿dónde tu luz su tornasol irisa?

Aquí mi corazón se desvencija
como mueble en desván abandonado;
no hay carcoma mortal que no le aflija,
la soledad le lija,
le roe sin descanso algún cuidado,
la lluvia le gotea
por las claras heridas del tejado,
y se va carcomiendo, corrompiendo,
—olor de muerte su madera humea—,
y ya tan miserablemente siendo
al no ser en el tiempo se menea.

¡Oh ven, quietud, espléndida azucena
donde mi corazón la luz libaba!
Oiga otra vez sereno como suena
el aura que pasaba,
el vuelo de las aves, el murmullo
de la fuente escondida,
Mira, quietud ausente, que la vida
va a romper en la muerte su capullo.

Vaso de rosas blancas

Van Gogh

NO se da cuenta el aire que mastica
tierra que en la blancura gloria miente:
caracol submarino la simiente,
que resuena tan clara, sombra implica.

Que resuena tan clara en unos ojos
vasos de la locura, blancos ramos,
¡oh que almendros, Van Gogh, tristes amamos
en tu cerebro sobre ocasos rojos!

¡Qué níquel incendiado por tu venas
en rosas estallaba, luminoso,
cuando era tu cerebro niño apenas!

Esposo del color, dormido esposo,
¡cuán ebrio va tu sueño por las penas
como un gusano, en el rosal, medroso!

Guijarro

SOY ya como un guijarro
danzando en un torrente sin destino.
¡Humanidad! ¡Oh pedregal, lanzado
a la danza feroz en remolino!

Lluvia o nube, o canción, hoy desgajado
pedazo de una roca,
que solitario, que violento choca.
¡Ciega dureza en soledad parada!
Ya sólo obstinación lo que fue espada.

Azul estaba el corazón, colgado
sobre el brillo suave del paisaje.
Señora la dulzura,
la soledad su paje,
iba tejiendo la mañana pura
con el blanco temblor de un fino encaje.

¡Qué misteriosamente solitario,
sol en la noche de pasión reluces!
En el barro sin sol —viscoso osario—
el alma, presa, tiembla:
¡ese airón inmortal entre dos luces!

Dolor en la tarde

¡Y cómo tu inflexible
pureza, oh tarde sin cordial latido,
me daña el corazón! El no ha podido
alcanzar tu impasible
cristal empedernido.
Salió por la mañana, en rauda brisa,
limpiando sueños y aventando aromas:
era toda la luz una sonrisa
batida por arrullos de palomas.
Prendido en zarzas y embarrado en lodo
ya su blanco vellón sueños no irisa:
el tiempo, con su prisa,
le ha dejado sangrando de este modo.

El avaro

CON una moneda en la boca, masticando
su propia carne,
antropófago.
Y el sol desflecándosele, multimillonario,
por el gabán, que cepilló su avaricia.
Virutas verdes de fiebre amarilla
inundan su morada,
lagartos vivos del placer solitario.

Su mirada seca la luna, troquela, acuña.
Su oído platea las palabras;
su olfato reduce todos los olores al
patrón común del papel moneda;
paladea en la lluvia el sabor a metal;
suaviza a su tacto los recuerdos, en
moneda rodada;
sopesa las minas del mundo.

Bajo los dos cipreses de sus ojos aguzados,
definitivamente muerto,
ni un rizo de emoción.
Y, sin embargo, un jilguero cantará
sobre su tumba,
nostálgico de la estatua de bronce.

Sufrimiento

¿POR qué este sufrimiento ante la belleza?
Aquella tarde que caía
como una naranja cuyo dorado brillo
envuelve un humo de olvido;
y esta tarde de ahora, neblinosa
como un ojo ciego,
como una corriente de hidromiel en la garganta;
aquel cuadro delicadamente perfecto,
musicalmente coloreado;
bellezas, bellezas...

Bellezas exaltadoras de mi sangre
que engarfia como un ave de rapiña
mis entrañas,
que desgarra crudelísima mis entrañas;
bellezas que exaltan en admiración mis nervios
como una pompa de jabón que se distiende,
que se distiende, que se distiende
hasta estallar
(¡qué sólido el aire como una bola
dentro de su transparencia!);
que tiran de mis nervios como una goma
y los sueltan sobre mí;
que aprietan mis glándulas hasta hacerlas segregar sus últimos jugos;
que crispan la luz sobre mis ojos,
que me destrozan de felicidad,
que me excitan, me acobardan y me anulan,
porque soy tímido y vil moribundo
y para entenderlo
tengo que morir.

Primavera

UN deseo de lluvia que galopa
entre el cielo y la tierra,
enciende suavemente los cirios de mis venas.
Mientras todo es hoguera poderosa,
este pálido resplandor
me mantiene
como un temblor de hierba primaveral
sobre el vaho animal de la tierra.
Una raíz de hielo
serpentea entre mis vísceras
y da un resplandor azul,
como de paisaje polar,
a los delgados corceles de mis venas.
La indiferencia como un pez frío
circula por mi alma:
mi alma de agua salada y de luz verde,
como un lago maravilloso
suspendida un momento
en la nada del tiempo.

En ruta

AÚN tiene algo que morirse en mí.
No he llegado a la nada. Que aún viajo
con ligero equipaje; mas ligero,
me pesa todavía.
Sensaciones que cargan mis sentidos,
crepúsculos, montones de crepúsculos
guardados en los ojos.
Un temblor en la entraña
y un silencio por toda el alma, táctil.
Una lluvia de fuego
que apenas ilumina, pero quema.
Y una granada roja y solitaria
en mi oscuro cercado de deseos.

La muerte

Y no es verdad. Ni huesos ni guadaña,
ni juventud de rosas coronada.
Tú no tienes figura. Eres un frío,
una inmóvil helada sin blancura.
¡Y cómo, inmóvil, clavas,
avanzas y conquistas
los frágiles capullos de la vida!
Ser no es más que vencer y resistirse,
¡oh la gran cercadora! Mi contorno
por mi sangre, ¡oh soberbia!, me diseñas
con tu huecograbado de silencio,
y mi vivo perfil es contrasombra
de tu remota luna oscurecida.
Ni un minuto te pasas sin decirme
que tu caricia cura mis placeres;
ni dos segundos sin palpar mi carne,
asegurando mi vivir tu mano.
Pequeñas y purpúreas campanillas
van cayendo incesantes en el hoyo
que el tiempo cava con azada sorda.
Y este hermoso montón de flores mustias
es el ara segura de mis dioses
para el gran sacrificio del olvido.
Eternidad, tu nombre.

El tiempo

NO tengo tiempo, dijiste, y no era
verdad, porque estabas deshaciéndote.
El tiempo es deshacerse: lo pasado,
lo eterno, lo infinito, permanece.
Sólo el tiempo nos brinda esta ternura
de ser y de no ser a un tiempo mismo,
de darnos el dolor de deshacerse
para que nos sintamos siempre vivos.

En una tarde clara y amplia como el hastío

(A. Machado)

ME duelen los pecados no cometidos
como al rosal sus posibles rosas,
cuando la savia se derrama estéril
en atroz claro de luna.

El Apolo del jardín
se ve fauno en el reflejo
del agua del estanque.
¡Oh Memoria, Satanás de la vida,
sin un rizo de olvido,
maravillosamente quieta y engañosa!

Esta mentira y este hastío
ondulan al borde del agua,
mecidos por una brisa indiferente.
Mientras la sangre golpea horrores,
que trato de descifrar en vano.

A unas matas de lirios

TODAVÍA sin lirios. Entre las corregüelas,
las violetas cercanas y el árbol aún sin yemas.
Tan solamente verde, verde de tono unísono,
igual que un vientre virgen que hubiera concebido.
¡Todo lirio posible contenido en su anhelo
como la vida esférica en los sueños del niño!
No han matado las formas, los colores concretos,
la pujanza infinita de la vida en potencia.

No eran más que unos ojos someramente azules,
una risa de sol olvidada en la nieve,
lo que luego es un cielo de ocaso recargado
de recuerdos y sueños, y unos mechones rotos
por los ásperos vientos de la tarde cansada.
Ya el perfil de la vida se queda sin enmiendas,
¡Tantos otros caminos sin trazar por los mares!
El sabio, el santo, el loco, el humilde, el soberbio:
todos eran posibles en el verdor pristino.

¡No nazcáis, no! Que el tiemblo del futuro inconcreto
su estrella de mil puntas mezcle en el aire, innato.
Eternamente verde, sin el morado duro
que limita los aires a evidencias mortales;
sin el cuello gracioso que siegan los minutos
merodeando luces como hormigas crueles.

¡Oh crueldad! No nacer para no nacer únicos.
Nada ser para no ser un trozo de nada.
Deshacerse en las cosas para hacerse este rayo
que es el mismo y distinto para cada reflejo
de este verde uniforme de las matas de lirios.

Lilas

CORONABAN las lilas
los pilares de la ancha portalada.
—"Y, así también —pensé—, como una espuma
azul sobre la dura
materia, la compacta
eternidad maciza, primavera
que azulea brevemente,
tú, mi alma."

Jacintos

TAL vez, oh amada, te parezcan tristes
los jacintos fragantes. Esa pálida
luz que suavemente los corteja,
su quebrado color de mediodía
que muere en un suspiro
y ese olor que se arrastra como un manto
de tul sobre la tierra...
No, no sabes
por qué te da tristeza su frescura.

De tu carne de pétalo dorado
la tristeza te brota,
de tu misma fragancia,
temeroso confín de primavera.

¿No escuchas a esa carne,
suavemente amarilla,
llamar con dulces voces a la muerte?
Su olorosa belleza
es sólo un grito exasperado y trágico
golpeando los bronces de la nada.

Como un pastor, vocea
sobre el monte la vida
su unísona llamada.
De su grito le brota

su fragancia, su fuerza
su espumada belleza sobre el mundo.
¡Qué tiernamente transitoria el alba
se quema bajo el sol! ¿Tú no la llamas?
¿Y no la llamo yo? Cuando la sangre
aquieta su inquietud en los capullos,
suaviza su olor acre en los aromas,
jacintos se hace y tú, pero de vuelo,
en un vuelo que brinda eternidades.

¿Quién es libre, Señor?

¿QUIÉN es libre, Señor? ¿Lo eres tú, viento,
raptor de luces, pulsador de frondas,
espada que traspasa las sombras más ocultas,
palabra eternamente rodando por la tierra,
romanceador monótono?
¡Oh juglar!, tú me enseñas con tu cascabeleo,
tan falsamente alegre, la cadena irrompible
que te liga. No creas
que tu endiablada agilidad precisa
me engaña. Tu movible
cuerpo informe se mueve
cuando la boca enorme de la atmósfera
bosteza en el calor de la jornada,
cuando el émbolo rígido del hielo
apisona tu cuerpo informe y blando.
Tú no llamas jamás, eres llamado;
no eres voz, eres eco muerto y frío
de Aquella Voz que ordena toda cosa.

¿Eres libre, tú, espíritu, corriente
allí donde no hay aire, flor ni espuma?
Cuando en callada vibración sostienes
un cuerpo enfermo y roto en entusiasmos,
y eres como una rosa en cuya carne,
transparente de luz hasta la nada,
el sudor de la fiebre es su rocío;
cuando en ancha eclosión de aurora oscura

cavernas de ignorancias iluminas;
cuando mides el paso de los muertos
a su resurrección, que nadie escucha;
cuando descubres en dolor futuro,
antes de concebirla, nuestra vida,
¿brota de ti, oh amor, la luz terrible
que traspasa el umbral de los silencios?
¿Esa fuerza que afirma tu presencia
es tu ser hecho carne inmarcesible?
¿Eres la propia libertad luchando
contra límites, límites y límites,
que tan agobiadoramente estrechan
el ámbito sin sol de los mortales?

¿Quién es libre, Señor? Yo lo presiento,
y su aletazo me desnuda el alma
en una primavera sin orillas.

Mortalidad

LO más bello es seguir existiendo en el aire.
Ser ánfora quebrada que refleja,
en perdidos y humildes azulejos,
la luz y los colores entre el polvo.
Recibir muchos besos —de lluvias o de luces—
y el temblor de la nieve, y el pisotón del cierzo
y el contacto caliente de la carne por donde todavía
la sangre es un discurso de amor. Quiero ser visto
confundido en el río
de las claras imágenes del campo,
que entrando por los ojos, aún vivos, con deleite,
van regando las almas añorantes
de mi tranquilidad.
Señor, yo me desprendo
de tu regalo enorme, de tu amor absoluto,
de tu mano constante sobre mi cráneo ardiente.
Señor, no lo desprecio, pero mis labios temen
ese beso de fuego con que nos eternizas
en el epitalámico día de nuestra muerte.
Es mi alma como un barro que no quiere ser preso
en la definitiva forma que el alfarero
concibe para él. Desperdigando quiero
continuar el rumbo perdido del camino,
adherido a la rueda
del tiempo, que circula
eternamente inmóvil, repitiendo minutos,
sin salir de sí mismo, porque es tu corazón.

¿No es verdad, vigilante de las noches lunares,
no es verdad que descanso sobre tu corazón?
Mortal eternamente, sabré de su latido,
sentiré que la vida con toda su riqueza
es sólo tiempo y tiempo: tu corazón que late.
Ese ave fabulosa que a tu sabiduría
sorprendió en un ocaso de la mente madura,
y en virtud de la cual, ¡oh padre de los sueños!,
pudiste comprender la ternura del hombre
y su amor a la tierra, por donde se derrama
como una cabellera por los calientes hombros.

S e d e

TEMO ya no morir. Temo que sólo
un cambio, muerte, sin mudanza seas.
Me filtro por la vida como el agua
que por la tierra oscura va bajando
y que no sabe nunca si debajo
hallará la caverna en donde quede
eternizada en muerta estalactita,
(¡oh belleza formal y ya sin vida!)
mientras su pura esencia se evapora,
o hallará la corriente que la arrastre
y la saque otra vez a flor de tierra.
Voy golpeando puertas en la noche,
porque no sé la casa de mi día,
donde hallaré posada y alimento
para el reposo sobre luz perpetua.
Mi angustia es mi bordón, y como un cetro
la levanto en la mano miserable,
que ni siquiera en un alfar creara,
para indicar mi reino entre las sombras
como un poder maldito, mas gozoso.
Si llevo mi bordón, no peregrino;
no me muevo del sitio, aunque debiera:
en un centro escondido y sacrosanto
tengo un trono de amor —la indiferencia—,
en donde el alma se sentó por siempre.

Mi calavera

UN monje de una edad de alba futura,
con cara de racimo trasnochado,
hace la vía que su vida apura.

Sarmentosa su alma del pecado,
las manos sosteniéndole la pena,
y en su mirar tronchado
un resplandor, acaso, de azucena.

Encuentra en el camino
mi calavera suelta y desvelada:
necrológico trino
de la muerte feliz y enamorada.
Había soportado las tinieblas,
la humedad, las raíces, los despojos;
para tantas imágenes de nieblas
le sobraron las fosas a mis ojos.

"—¡Oh esposa del silencio —varón mudo
(grita el monje de pronto enfurecido)
en el pelado alcor entronizado!—,
¿por qué la tentación de tu desnudo
me deja el pensamiento desabrido
y deshace la paz ya conseguida?
¡Oh rosa subterránea, desasida
de su alcázar de barro!
Cofre del sueño y envarado carro

del pensamiento frío,
fecundo polen del temor vacío,
vaso de sombras, ánfora, responde:
¿dónde está tu cerebro, dónde, dónde?"

El hombre pocas veces se consuela.
Una brama de pozos en la noche
mantiene el mundo en vela.

En la muerte de Paúl Valery

ESOS límites áureos, inasibles,
que no muerden las bombas ni devoran los tanques,
han temblado y llorado sus lágrimas de oro
sobre el silencio eterno de la muerte.
La sombra
es la ausencia del verbo pulsador de los aires
en su vuelo amoroso por los bosques fecundos.

La poesía es un ángel dolorido en la cumbre
que levanta un anhelo de perfección eterna.
Nadie te busca plena por el espacio incógnito.
¿Dónde luce, geométrica, tu alma clara sin sitio?
¿Anhelas esos límites de la razón perfecta?
¿Cómo danzan los ángeles, como cantan sin tiempo?
¿Qué música es aquella carente de compases?

Un ala grande y fría cubre los horizontes.
te mueres como un símbolo, simbólico poeta.
¿Siente tu alma los golpes de los que preguntamos
sin obtener respuesta jamás? ¿Ese celeste
diamante de tu vida eternizada
oye nuestros martillos oscuros y feroces,
tenazmente tallando tus aristas ocultas,
manteniéndote vivo contra el numen celeste?
Tú serás por nosotros eternamente puro;
una paloma en vuelo por el Mediterráneo,
cuajando al mediodía en su raudal blancura,
inconquistable y suelta como un verso perfecto.

¿O serás el silencio, el terrible silencio
del cadáver ajeno, extemporáneo, quieto.
circunscrito a su mundo de negación purísima,
dejándonos externos a su nada absoluta,
con el alma de piedra caída en el abismo?
¿Y de dónde brotaron los encantos, las formas
de la luz hecha verbo, del volumen transido
de rayos, del silencio revelado en palabras?

Te hiciste un alma enorme con música de versos
en canon riguroso de formas esculpida,
y ahora te resuena sobre la muerte misma
como un potente órgano canta sobre la nada.

La ausencia

-YO soy, me dijo, y se apartó.— La he visto
verdadera entre todas las verdades.

En esa luz radiante que la luna
amortigua en su risa melancólica,
hay un temor y un ansia de tinieblas
donde su pura claridad descansa.

En esa primavera derramada
como vino de luz en metal verde,
se adivinan sedientas esas fauces
que tragaron su pompa con los días.

Aquel que fue tocado por su mano
se moverá en el mundo, pero ausente,
como un odre de viento, como estela
en nuestros ojos de apagada estrella.
Al aire sus palabras le dan frío
como vuelo de un ave disecada;
y su silencio el corazón enciende
al rescoldo de un sueño revivido.

Ese hueco invisible que en los mares
dejan los peces a su afán robados,
la soledad del tacto que se queda
huérfano de la fina piel amada,
los labios de los muertos sin sonrisa,
la sonrisa sin labios de los muertos
que en la memoria florecida queda,
van dejando en tus huellas, y el ausente
divaga por sus largas avenidas.

A una niña muerta

ERA ya sólo espacio: el tacto y el perfume
de una rosa en huida como se va la tarde.
Yo buscaba tu tiempo, el que te dio mi sangre
y alumbraba tu risa como un jazmín florido.
¿Quién te robó en la noche la corriente parlera
y dejó en tus pupilas silencios de la nada?
Si no fuera por esa rigidez que comienza
a preparar el polvo que desate tu carne,
te esperaría como se esperan las auroras
tan confiadamente bajo la noche oscura.
Mi corazón que era como una tapia sorda,
donde los cantos dulces rebotaban, volviendo
a los oídos jóvenes como calientes nidos
de música, al silencio de tu voz escapada,
ha escuchado la eterna armonía del mundo
y, traspasado, mana la sangre de tu fuga.
Cómo en la lejanía te miro tan sencilla,
simplemente tendida sobre la inercia pura,
arrancando del pecho rudo del conmovido
sepulturero una blasfemia, que ponía
su amapola de fuego sobre el marfil trigueño
de tu esbeltez tronchada. Las alas del olvido
se queman en la llama del dolor retornado,
ahora más profundo, como minado por
una veta de agua lamiendo en el subsuelo
del alma tanto tiempo, tanto tiempo perdido
sin volver al aroma de tu recuerdo puro.
¡Qué lodazal sin forma miramos nuestra vida
donde tu blanco lirio se desazonaría,
más que de innobles manchas, de no poder alzarnos
a su estrella de carne girando al viento libre!

Recental

Si los sueños son sombra de la nieve,
de sueños infantiles es tu lana.
Si la hierba balase en la mañana,
a rocío sonara tu voz breve.

El temblor temeroso con que mueve
tu piel la apenas vida que te mana,
corazón es del miedo, que amilana
el estruendo del mundo que te llueve.

Yo miré el recental entre tus brazos,
viva nieve a la lumbre de tus senos,
pero sin derretirse sin embargo.

Rosaba el sol, arriba, los picazos,
y fueron del amor los orbes llenos
y fue el silencio de tus ojos largo.

Rostro de hombre dormido

EL hombre es feo. Dormido
—el alma ausente de su rostro— cae
en el barro roquizo de su estirpe.
Partidas las dos filas de pestañas
como un ciempiés por medio seccionado,
y sangrante la herida de la boca
con su conscupicencia irrefrenada.
Arbitraria se elevan las narices,
disforme monte por la vida erguido.
Altibajos brusquísimos, pelados;
un paisaje lunar desierto y triste,
privado de la atmósfera suave
que esfumina contornos
y matiza distancias.
Si no fuese la sangre que colora,
el ojo que humedece e ilumina,
¿qué sería, volcado
sobre el sucio mantel de los olvidos,
oh rostro ceniciento, sin el pájaro
del alma que te canta
en la perpetua rama verdeante
de la clara pupila?

Viaje a la luna

¡Ah luna, pulida luna,
clara como rosa blanca,
y tan de piedra y tan fría,
y de tan helada entraña!

De lejos, y siendo rosa,
de lejos te quiero, blanca
entre cabellos de nubes,
huidiza, fugaz, extraña.

Cortando rosas de luna
iban las enamoradas,
y marfiles de colmillos
clavaban en las solapas.

La luna te está tocando
—niño de cara enlunada—,
con una mano traslúcida
de madre muerta en el agua.

Con testuz de cabra en celo,
la luna nubes topaba,
hecha ya cristal y cuerno
la seda de sus pisadas.

El aire se recogía
el vuelo azul de su falda,
y quedaba un chapín loco
bailando sobre la nada.

Encuentro en la siesta

AFUERA la siesta brilla
como un talego de onzas.
Aquí dentro, la frescura
es un encaje de sombras.
Un olor de cereales
nos panifica la atmósfera.
Sólo nuestras voces suenan
en la sala penumbrosa.
Y se quedarán sonando
cuando la tarde sea otra,
cuando nos lleve la vida
por otras islas de rosas,
que para el amor se tejen
con la frescura y la sombra.
Tus sienes eran un lecho
de claridades remotas.
¡Cómo en ellas avisaba
la muerte, y hora por hora!
Pero los ojos dormían
en un halago de sombras.

Luna última

LA luna era romántica, porque era
imposible, desvalida de imágenes
como una playa ciega,
como córnea sin iris, sin pupila,
cementerio de cósmica tristeza.
Hoy ya tiene pisadas
y bandera:
hoy ya no es más que el sucio
arrabal de la tierra.

Deseo muerto

ESTA desbrujulada fantasía,
como araña insaciable,
con sus fuertes tentáculos me ata
la sencilla razón.
El mundo brinda
a su voracidad la carne cruda
del esplendor. El ansia de los goces
se pluraliza en ritmos de materia
bellamente exaltada.
Todo el viento
es una mano gigantesca y fría
que me apaga la lumbre del deseo.

La indiferencia cae como la escarcha
indiferentemente repartida.
Y en la belleza blanca de algún alba
espejará, quizá, la faz de Dios.

Despeja el cielo de ficciones mudas

LA luz cae tamizada como el sueño
sobre los nervios flojos del combate.
La ciudad apedrea mis ventanas
con sus ruidos. Despacio
zarpan ideas con sus viejas velas.
No se renueva nada. Vivo solo,
con soledad humana que es recuerdo.
Una mirada sabia de experiencia
me desvela los viejos sentimientos.
Nada, lo mismo. Ni el antiguo campo
conserva los temblores de su magia,
ni la mujer se empapa de misterio.

La veleta se mueve sin deseos,
las hojas vuelan sin afán ninguno,
y el viento que las lleva, ¿qué quería?
Todo es un sueño con sus incoherencias;
sucesión de cernidos disparates;
sólo pasar, la realidad tangible:
¿pasar por dónde, para qué y adónde?
Pasar, pasar para el silencio, el sueño
el sueño que yo quiero tener claro,
cortar de su rosal como una rosa.

Una rosa en la mano: pronto un cieno,
un dormido apagarse, un vuelo corto
a la nada sin rostro.

Si tu sueño
cubre de rosas, de evidentes rosas,
el suelo de la muerte y su misterio,
despeja el cielo de ficciones mudas,
salga tu voz de su profundo cuévano,
habla en desierto, pues desierto eres,
deja de flores mi jardín desierto.
De bruces en la noche, renunciando,
tu confesión espero.

Huellas

LA verdura recortaba un inmenso trébol celeste
que se inclinaba suavemente sobre el mundo como
un abanico gigantesco.
La brisa sitiaba nuestra isla de paz, nuestro corazón
diurno
iluminado por un interior de recuerdos.
Las imágenes del pasado fluían melancólicamente,
perdido su brillo, pero no su implacable fenecimiento.
La infancia semejaba un pollito lisiado por
las olas,
y la juventud
un pantano besando las orillas frescas del campo
verde.
Han caído dobles hojas de rosa sobre la cabeza
de las diosas marmóreas
que custodian en las avenidas decadentes
o en los parterres románticos
la belleza fenecida.
Las almas tienen más cenizas que la tierra
y nuestras pisadas dejan allí sus huellas
odiosas por lo persistentes,
siendo inútil que no queramos recorrer sus caminos.
Quizá un viento de muerte o de purificación
vuelva a descubrir el mantillo vegetal
de un jardín posible
y, acaso, nunca encendido de auroras.

Diversiones o vilanos

1

VERDE es la siesta. La sombra,
acolcha el aire, acogedora.
Tiempo en reposo. La hora
no se nombra.
Y, sobre el azul, la rama
suave un aire mece.
Su balanceo parece
el de la sangre que ama
tras el amor. Y este sueño,
¡qué dulcemente amodorra,
sin ensueños! No, no corra
el alma tras de su empeño.

2

Un vaso de agua es algo más que un cisne,
si es clara, pura, fresca:
no grazna, no devora,
ni menos gondolea.
Sin color, pero blanca.
Es la pura quietud en transparencia.
Es todo y nada,
¡Es algo así como la vida eterna!

3

La senda se prolonga en otra senda,
que ya no es la primera: es una vida
de par en par abierta.
Yo cierro mi ventana. Fuera el viento
sigue azotando la arboleda,
siguen los torbellinos de los mundos,
y en tu senda, mi senda.

4

Una estrella de ruidos
como una luna rota.
Por la estría navegan pensamiento y sentidos
hacia una tierra ignota.
Cada barca un color, un sonido, una sola
vibración. Y mi ola
de confusión que anega
la claridad y el rumbo
de la nave: navega
todo de tumbo en tumbo.
¡Más allá! Cuando sea
elemento inservible
del paisaje,
toda idea
será quietud, ritmo lento.
Todo lo presumible,
ya realidad, sin pensamiento.
¡Y se acabó el viaje!

5

Y otra vez el puro gozo
de la vida,
cuando ya estaba perdida
en el dolor.

Alborozo,
¿pero cuánto tiempo dura?
Otra vez en la galera
del destino.
Otra vez la primavera
despertando mi camino,
¡tan insegura!

¿No sería mejor, acaso,
aquel manso irse a la nada,
sin esperar la alborada
tras el ocaso?

Acaso: melancolía
y evasión.
Vuelo de la fantasía
y paz en el corazón.

6

La vida, que es un río dulce,
termina en la mar amarga,
aunque la amargura sea
no ser ya vida ni nada.
Si la vida fuera un río
y diera en la mar salada,
aunque trocada de gusto
seguiría siendo agua;
si era vida salva, dulce,
amarga si condenada.

Pero no se dan sabores
en donde no se da nada.

7

Verde contra el azul, límpido el cielo,
recorta su frescura: savia y tierra.
Lo lejano es lo falso, inasequible
por no existir. Sólo lo sueña
la mirada. Quedemos en lo vivo
o en la roca, que sólo en apariencia
está inmóvil.
Y aquí, circunvagando
fuego, negrura, estrellas,
rodamos a la sombra mansamente,
sin prisa, mas sin pena.

I N D I C E

	Pág.
PRIMEROS VERSOS	1
Momentos. I	3
Momentos. II.	3
Momentos. III	4
Momentos. IV	4
Romance de los molinos	6
EVOCACION DEL ESTIO	9
Tarde	13
Piedra	14
Piel, aire	15
Aparición en estío	16
De vuelta	17
Flor, fruto y luna	18
Agil gacela	19
Torso desnudo	20
El higo (Madrigal)	21
Visión	22
Al atardecer	23
Se va volando	24
OTRAS EVOCACIONES	25
Pájaro	27
Cazadora sobre peñas	28
La Crucifixión	29
A la campana con reja de la iglesia de San Juan, en Cáceres	30
Introducción a Córdoba	31

Pág.

LO INVISIBLE 33
Sobre piedra de eternidad 37
Nube en la mañana 38
Sobre la tarde 39
Esperanza del árbol 41
Niño 45
Tentación 46
La primera Nochebuena 47
Alamos 49
El mar que vive de noche 50
A un capullo rojo 51
Aguza el pincel, pintor 52
El recuerdo 57
Asamblea de ángeles 58
Vilanos sobre nada 60
Evidencia del halo 61
Aire quieto 62
Cruel hermosura 64
Leño solo 66
La inmortalidad 67
De noche estamos hechos 69
Creación de hombre 70

DESDE LA BRUMA 73
¿Por qué la claridad colma mis ojos? 75
Golondrinas en los Pirineos 76
Crisantemos amarillos 78
Espíritu 79
Lo que ví 80
Deseo 81
Desilusión 82
Queja 83
Vaso de rosas blancas 85
Guijarro 86

Pág.

Dolor en la tarde 87
El avaro 88
Sufrimiento 89
Primavera 90
En ruta 91
La muerte 92
El tiempo 93
En una tarde clara y amplia (Machado) 94
A unas matas de lirios 95
Lilas 96
Jacintos 97
¿Quién es libre, Señor? 99
Mortalidad 101
Sede 103
Mi calavera 104
En la muerte de Paúl Valéry 106
La ausencia 108
A una niña muerta 109
Recental 110
Rostro de hombre dormido 111
Viaje a la luna 112
Encuentro en la siesta 113
Luna última 114
Deseo muerto 115
Despeja el cielo de ficciones mudas 116
Huellas 118
Diversiones o vilanos 119
1. 119
2. 119
3. 120
4. 120
5. 120
6. 121
7. 122

Se acabó la impresión de
Poesía (Antología) el día
12 de noviembre de 1974,
festividad de San Aurelio.

LAUS DEO

C O L E C C I O N

« S A N J O R G E »

1

ROSENDO TELLO AINA

Fábula del tiempo

2

GUILLERMO GUDEL

Egloga nueva de la tierra propia

3

JORGE JUAN EIROA

Tierra adentro

y

Ese extraño temblor

4

MIGUEL LUESMA CASTAN

En el lento morir del Planeta

5

ANTONIO CASTRO Y CASTRO

Distancias

6

ANGEL GUINDA

La Senda

7

EDUARDO JAVIER BRU CELMA

Andén oeste

DIPVTACION·DE·ZARAGOZA·INSTITVCION·FERNANDO·EL·CATOLICO·DE·LA·EXMA·

C. S. I. C.